



El derecho de los padres a educar a sus hijos incluye poder hacerlo según sus «convicciones morales y religiosas», tal y como señala el artículo quinto de la *Carta de los Derechos de la Familia*, que a continuación añade: «teniendo presentes las tradiciones culturales de la familia que favorecen el bien y la dignidad del hijo».

Este es uno de los aspectos más admirados de la vida familiar y ciudadana: la transmisión de los valores morales entre generaciones, el diálogo de los padres con sus hijos, de los abuelos con sus nietos, compartiendo un sentido de la vida que se recibe como herencia, como el más rico de nuestros legados.

Basta mirar a nuestro entorno para encontrarnos con una dimensión de generosidad en la vida social: los que vivimos hoy nos beneficiamos del esfuerzo y del trabajo de generaciones anteriores. Edificios, monumentos, obras de arte, templos, fiestas y tradiciones... nos hablan de una herencia recibida que nos sitúa en la privilegiada posición de herederos. La Iglesia vive con gratitud y reverencia el testimonio de quienes nos han precedido en el legado de la fe, pues sin ellos la Palabra de Cristo no habría podido llegar a nuestros corazones como ha acontecido.

La herencia más valiosa que los progenitores dejan a sus hijos son los valores de una vida con sentido. Se puede decir, sin temor a exageraciones, que toda la vida humana es la historia de una búsqueda del bien y de la virtud de un modo más profundo que cada generación aprende de la anterior y procura transmitir a la siguiente. Y esa tradición no se produce sin comunicación entre padres e hijos en el seno del hogar. Es la comunicación sobre la vida diaria la que tiene una mayor capacidad de transmitir estas convicciones. El sentido del trabajo y del esfuerzo, de la propia dignidad y de los valores de nuestros antepasados, de la alegría y la fiesta, del ocio y el juego, de la vida y la salud, del dolor y la enfermedad, se va haciendo material de un diálogo sincero, a través no sólo de palabras, sino sobre todo de gestos significativos y modos de ser auténticos. No es pequeño el papel que la oración en familia juega a la hora de favorecer la calidad humana del hogar. En la oración, los aspectos de cada día alcanzan un significado trascendente y redentor.

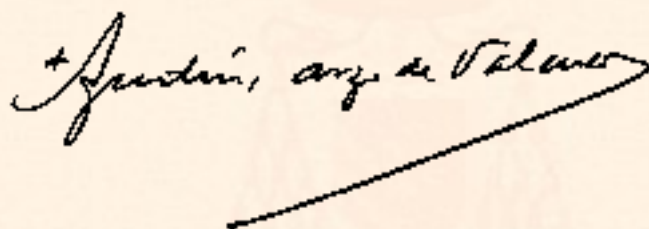
Cuando la familia cumple su misión y es lo que tiene que ser, renueva la vida social y cultural. Las tradiciones culturales sólo pueden resistir la erosión del clima hedonista y materialista propio de la sociedad de consumo si se preserva la familia de fundación matrimonial, pues es la única célula social en la que el primado del ser sobre el tener es

constitutivo de su lógica intrínseca. La propia catequesis no alcanza todas las dimensiones del niño si no alcanza al seno familiar. El corazón del mensaje cristiano requiere ser custodiado en el calor de unos padres que, unidos en matrimonio, han creado el entorno adecuado para favorecer el crecimiento pleno de sus hijos como personas dignas y responsables.

La creciente preocupación en nuestros días por la educación en los valores ha de tener muy presente el protagonismo de los padres en la educación de los hijos. No basta una escuela que se proponga como parte de su misión la formación ética: ha de hacerlo en actitud de servicio y colaboración con las familias, buscando con ellas todo aquello que favorezca "el bien y la dignidad" del niño y de la niña. Nunca será una educación en valores adecuada la que se haga de espaldas de los auténticos valores familiares.

La *Carta de los Derechos de la Familia* extrae como consecuencia de este derecho de los padres que «deben recibir también de la sociedad la ayuda y asistencia necesarias para realizar de modo adecuado su función educadora». Unas políticas familiares integrales, que busquen el bien de todas y cada una de las familias, han de secundarlas en esta tarea. No son pocos los obstáculos con los que los esposos, padres y madres, se encuentran hoy en su labor educativa. Pero no olvidemos que esos problemas son los mismos que encuentra una sociedad para transmitir una concepción de la vida valiosa a sus propios ciudadanos más jóvenes. Si se ayuda a los padres a educar a sus hijos en valores, la sociedad y sus autoridades realizan "la más necesaria de las inversiones en recursos humanos". La vitalidad cultural de un pueblo depende de la vitalidad de las familias que lo componen. Y la vitalidad de las familias depende de la intensidad de la alianza conyugal entre el varón y la mujer para el bien de sus hijos.

Con mi bendición y afecto,

A handwritten signature in black ink, reading "Agustín, arz. de Valencia". The signature is written in a cursive, flowing style. Below the signature, there is a long, thin, slightly curved horizontal line that extends to the right.